

Jorge Luis Borges, Bibliotecario Desengañado

Por GUILLERMO PIAZZA

La tarde de Buenos Aires se prolonga perezosamente en el verano contradictorio, con la peor humedad del humo. Hemos estado en Argonones (la Sociedad que administra los derechos de autor de escritores, compositores, artistas) y nos dirigimos a la SADE, siglas de la Sociedad Argentina de Escritores.

Ulises Petit de Murat que nos acompaña (gestor eterno de la gran capital del sur y de sus personas y personajes) acaba de ganar la presidencia de la SADE, derrotando a Borges, y acaba de perder una fantástica polémica televisada (cinco millones de espectadores) frente a un contendor de quince años; tema en cuestión: Napoleón Bonaparte, sólo en Buenos Aires...

Pausa en una confitería. Jóvenes de legendaria belleza. Ulises los pondera, nos regodeamos con los sandwiches y las "maritas". Ulises pondera también los beneficios de la moda, que en Buenos Aires es puntual e impecable y ahora decreta —por fin— que en verano se puede andar sin saco y sin corbata, una verdadera revolución. Comparaciones, oblicuas, entre la megalópolis sureña y México, D. F. Comentarios en torno a Manolo Fábrega que, acorrido en la TV portuñesa para que confesara sus verdaderas impresiones sobre Buenos Aires, se decidió a definir: "Aquí todo es terriblemente importante y difícil", con regocijantes ejemplos.

Vamos llegando a la SADE calle México, viejos recuerdos de cuando estuvimos ahí hace muchos años con Victoria Ocampo, Manucho Kujica Lainer y Silvia Bultrich: la vieja nueva guardia.

Antes de la casaca colonial hay una mansión enorme de estilo francés, oficialismo, tipo ministerio, columnas y puertas imponentes, adentro la oscuridad que la Ciudad del Impuso por siglos en el continente subdesarrollado.

Es la solemne Biblioteca Nacional. "¿No quiere ver a Georgy?" propone este Ulises de Tour. En algún sinistro rincón del caserón está Borges, director de la biblioteca por años y años, con el solo intervalo de la década maravillosa de Perón y Evita, cuando le cambiaron borgianamente el cargo por el de inspector de pollos y gallinas en el mercado (Borges y su madre jamás han descubierto la clara urticaria ficcionista de tales alibajos, jardín de los senderos que se bifurcan). La puerta de entrada, con un letrero que informa que la biblioteca está de vacaciones, gira trabajosamente en sus soportes, como diría un personaje de Manuel Puig y dice usualmente todo argentino que se respeta, hasta el chárrido es un clic en el ascensor, viejísimo, tembloroso, es otro anacronismo. Sólo la memoria de Funés podría conservar así intactos el "polocho", las puertas, el elevador, los pasillos, el suntuoso hall del piso alto, el otro corredor, la antecala, los libros al alcance del tigo.

"¿Georgy?, soy yo, Ulises, con un amigo de México. ¿Cómo está?"

Jorge Luis Borges otea con un precioso candor en la apariencia de mirada, se incorpora a tientas de su sillón giratorio, se muestra desconcertado, interrumpido. Cerca de él, junto al escritorio grandioso, se desconcierta también una señorita de variable edad que ha estado compartiendo con el escritor sus inquietudes famosas por las antiguas hieratías germánicas y las viejas lenguas sajonas. "Ah ¿vos vos?, pásala, pásala, pásala..." (Petit de Murat me había advertido: Ahora está siempre en la biblioteca, desde que se casó, se aburre con la mujer. "¿Y por qué se casó?" "Para embromar a la madre". También habíamos comentado sobre los viajes, la lentitud del ascensor permitió todo pretexto: "Va a los Estados Unidos porque le gusta mucho... como no ve nada...")

Borges hace rogarante, rejuvenecido, exuberante, gracioso (ya me lo había advertido también Petit, me le importa nada de nada. Vive al margen de todo. No lee. No se entera. No le importa

y entonces toma a broma todo, se ríe, hace chistes, es su mundo, está mejor que nunca). Seis años atrás yo lo había encontrado una medianoche en la calle Florida, con su bastón y una gran incertidumbre, desoso de caminar y de lamentarse de lo que ya no era, de lo que fue antes de Perón, de ese Buenos Aires de oscuros designios que no era ya el de sus flockines ni el de sus visiones criolanas más realistas (en el fondo sigue siendo la misma ciudad ensajada y ensajante, ahora con los jóvenes más hermosos y amorales del mundo como fruto consecuente de la decadencia; Londres sin cofía, sin negros, sin hindúes, sin crímenes, sin peligros, poca paz gastronómica, con militares que consagran el país al cornado de María, con la prostitución de todo tipo "para darse los gustos")

Borges ríe, se agita, a cada afirmación suya contundente agrega la palabra "¿Cómo?", a la manera de los ingleses que dicen "what?". Su rostro es totalmente sajón, parece un inglés, es un inglés perfecto, rubicundo, cutis sanísimo, el pelo más corto que antes, cuando le daba cierta apariencia guachaca, los ojos desorbitados, desiguales, buscando ansiosamente a los interlocutores, bastante más flaco que antes también, es de cajón pretender recordar que se parece más y más a Huxley.

"Ya no voy a viajar más", nos dice. "Si me hubieran avisado antes de México (lo he corroborado la invitación de la universidad, los buenos deseos del rector, del secretario, de García Cambi)... hubiera ido, al regresar de los Estados Unidos, pero ahora ya no. Me cansan mucho los viajes. Fui a Israel y quedé exhausto. No voy a viajar más. He perdido un doctorado de Oxford por eso, me lo daban si iba, pero ya no."

Por la ventana se ve el letrero de la casaca de enfrente: Centro de Reintegración Rosado; partidarios de regresar al país a los restos del tirano Juan Manuel Rosas y de reincorporarlo como héroe a la historia oficial, esa que de todos modos siempre permanece desvirtuada. Frente a frente los dos principales motivos de escándalo en Buenos Aires actual, Borges y Rosas. Borges disuelve nuestra divagada atención con un cuento: "Me encinta un chiste sueco, sí, creo que es sueco, ¿cómo? un chiste sueco que dice que un tipo le pregunta a otro ¿Quieres té o café?, y el otro responde "Shakespeare lo dijo mejor, I think..." para mí, lo mejor del chiste es ese "I think", Shakespeare lo dijo mucho mejor, creo, I think, es formidable. ¿No?, ¿Cómo?" ríe estrepitosamente, se agita, su cara tiene un color tan perfecto, la tez es tan pura que parece maquillado, parece de plástico, como de Disneylandia. Al ver que compartimos vivamente la hilaridad del momento, vuelve a repetir el chiste y sus estupendas implicaciones. "Lo que vale verdaderamente es el "I think".

La conversación se encamina hacia Lugones. "Pésima influencia ¿eh? Lo copiamos, lo imitamos, fue un horror". Surgen citas y citas de memoria, con acendrados ejemplos de la más clásica cavillería argentina. Suena el teléfono de la salita contigua. Borges se levanta apresurado, esquivo eficientemente el ventilador en el suelo que hace de alguna manera sportable el atardecer bochornoso (la señorita ha pagado grillos de horror como advertencia, hemos observado en tensión el inseguro itinerario hacia el otro cuartel, se escuchan las réplicas tartamudeantes y el insistente "¿Cómo?" de Borges que podrían ser dirigidos a algún telefonante anónimo como a su mujer o a su madre. El tiempo pierde sentido. Preparo mentalmente interrogantes (las circunstancias, los otros, Borges mismo que habla y no escucha, actitud tan argentina, dato a favor en este caso, lo que interesa es lo que él diga, of course). Me preparo para la segunda parte del monólogo. Como en un folletín, habrá nuevas entregas fascinantes.

Buenos Aires, febrero de 1979

El mercurio (sta.) 8. II. 1980 p. 3

Jorge Luis Borges, bibliotecario desengañado [artículo] Guillermo Piazza.

Libros y documentos

AUTORÍA

Piazza, Guillermo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jorge Luis Borges, bibliotecario desengañado [artículo] Guillermo Piazza.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile